



REPORTAJE

Pastores, esclavos de fin de siglo

Pedro Aguilar

No tienen descansos ni vacaciones. Aunque su oficio tiene más de diez mil años, ha sido en los últimos cincuenta cuando ha sufrido su mayor evolución, tal vez la única. Hasta tal punto está cambiando el pastoreo que muchos piensan que no pasará del próximo siglo. A pesar de ello, en los albores del año 2000, sigue habiendo en Guadalajara esclavos de un trabajo que fue idealizado como prototipo de la vida placentera y ha terminado despreciado por la mayoría de los mortales.

Son las seis de la mañana y Enrique va camino de la nave donde tiene guardadas las ovejas, en una antigua tierra de labor en lo alto de la meseta alcarreña. Apenas ha cumplido los treinta años y en su vida no ha hecho otra cosa que ir con el ganado por esos campos de Dios. Su padre era pastor y desde crío él iba a su lado aprendiendo el oficio y respirando el aire del campo. Su trabajo le ha gustado siempre y no piensa renunciar a él. Por su juventud, Enrique puede acabar siendo el último esclavo de este oficio. "Estoy aquí más a gusto que en ningún otro sitio. Por ahí no hay más que cabrones que te hacen la vida imposible". Lo dice convencido, mirando a los ojos de su interlocutor y esgrimiendo una sonrisa picarona, como el niño que acaba de hacer una trastada. "Aunque, a decir verdad, cada día nos



Foto: Pepe Zamora

lo ponen más difícil, te acaban complicando la existencia y hay veces que te da vueltas la cabeza". Enrique aborrece la ciudad y cada vez que tiene que ir a la capital para resolver un papeleo se descompone. Por eso suele mandar a su hermano, Tomás, algo mayor que él y más amigo del mundanal ruido. Acabó siendo pastor después de varios años como camarero en la costa y aquí en Guadalajara. Tomás conduce la mitad del rebaño, unas cuatrocientas ovejas, y en el zurrón además de la bota y el churrasco, lleva libros de Nietzsche, Kant y Ortega. Tomás es un pastor ilustrado. Se interesa por la Filosofía, la Astrología y las Matemáticas. Dejó muy joven de estudiar

pero siempre le ha gustado leer sentado debajo de una carrasca mientras las ovejas carean por los rastros.

Un viejo oficio

El oficio de pastor, aunque pueda parecer lo contrario, no es de los más fáciles que existen. Los pastores son gente lista, despabilada, con una mirada especial capaz de penetrar en los ojos de cualquiera que se les ponga por delante. "Este es un trabajo artesano" nos confiesa Fernando. "Un trabajo en el que además de saber hay que tener intuición y habilidad". Fernando es pastor

RESUMEN:

Por desgracia, no abunda el reportaje en las páginas de Añil. Por eso presentamos con satisfacción este de nuestro colaborador desde Guadalajara, Pedro Aguilar, en torno a una figura idealizada y, por ello mal conocida, los pastores. Sus costumbres, sus dificultades, las perspectivas -malas- sobre su futuro: disminución de las cañadas y de los pastos, la mecanización, etc. Algunos de esos pastores, de la campiña alcarreña, en concreto, hablan en estas páginas de todo eso, de su amor por el campo y por la soledad y de la nostalgia por un oficio que se extingue.

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

desde hace doce años. “Yo soy un mal pastor porque para ser bueno hay que haberlo mamado”.

Fernando dejó Madrid y la Universidad y se vino a la Campiña a ejercer de pastor y de alcalde. Su trabajo se desarrolla alrededor de las lagunas de Puebla de Beleña en Guadalajara. Tomás y Enrique pastorean por La Alcarria, en el término de Torija. Aunque no están muy lejos uno del otro, su forma de trabajar difiere en algunos aspectos. En la Campiña se sale al campo de día. Por la noche se deja el ganado en un alto, cuando es verano, o en corrales; y se encierran en la nave si es invierno. “La oveja tiene que oler, ver y oír cuando es de noche y está sola, porque de lo contrario se asusta” asegura Fernando. “Por eso las subimos a un alto”. Hay quienes dejan la radio encendida cerca del rebaño para que los animales se crean que el pastor está cerca.

En La Alcarria se tiene por costumbre salir al campo en las noches de estío. La creencia generalizada es que el animal come y anda más por la noche. “La verdad es que carea mejor y va más alegre” afirma Enrique. Carear es comer andando por el rastrojo en el vocabulario pastoril. Esta creencia del pastoreo nocturno, que para algunos no deja de ser una tradición sin mucho fundamento, tiene su explicación científica. Cuando la oveja tiene mucho calor no anda. Es un animal que refrigera muy mal y el calor le atonta, llegando incluso a paralizarle parte del cerebro. Cuando esto sucede deja de andar y de comer y tiende a juntarse con el resto del rebaño para evacuar calor. Es tal la temperatura que tiene asimilada el animal, que se junta con sus compañeras para evitar que el sol le golpee en todo el cuerpo y para transmitir calor al resto de las ovejas, desprendiéndose de él. De noche las temperaturas son inferiores y este proceso no lo sufren, por eso comen mejor. Las viejas tradiciones no iban por mal camino, pero los tiempos cambian y el trabajo nocturno no es apetecible para nadie y menos para los jóvenes pastores.

El paso de los siglos

Un viejo refrán dice que “la oveja tras de la reja”. Dependiendo del tipo de labranza que se haga en la tierra, así debe hacerse el pastoreo. El desarrollo de la agricultura ha influido mucho en la evolución de la ganadería al aire libre. Hoy, apenas quedan pastos ni cañadas para poder transitar con los rebaños. Los incendios y las continuas roturaciones de los montes durante siglos han ido acabando día a día con el paraíso ganadero reinante antes del siglo XV, cuando la Mesta dominaba la economía de Castilla. La leyes restrictivas han hecho el resto. Pero la puntilla la recibieron los pastores con la mecanización del campo en los años sesenta del siglo que ahora termina. Gracias a los nuevos tractores empezaron a labrarse más tierras con menos esfuerzo. La agricultura multiplicó sus hectáreas de cultivo y desaparecieron los pastos. Poco a poco los labradores se fueron apropiando de las cañadas, las veredas y los cordeles existentes en la legislación española desde tiempos inmemoriales, para permitir el paso del ganado. A comienzos de los años setenta, apenas quedaban pastores en la provincia de Guadalajara y en el resto de España.

La amenaza de los nuevos tiempos

“Las cañadas están amenazadas de muerte por los agricultores, si no muertas del todo”, confiesa Fernando. Una cañada tiene que tener 90 varas, 100 metros de ancho aproximadamente y algunas no llegan ni a 3 metros”. Pero sus males no terminan ahí. Con las nuevas técnicas de cultivo los campos se roturan o se queman escasamente dos meses después de haber sido cosechados. El tiempo que el ganado puede disfrutar de los pastos es mínimo. “Las ovejas comen la *rifia*, el brote verde del grano que ha caído, y la hoja de la paja, no la caña. Al quemarse el

rastrojo todo este micropasto desaparece y entonces ya no queda nada”. Con esta situación tan asfixiante el pastor apenas cuenta con terrenos para su ganado y debe realizar fuertes inversiones en pienso para compensar la alimentación de la oveja.

Manuel Machuca tiene 90 años, ha sido pastor toda su vida en La Alcarria de Atanzón y sabe del pastoreo de antes más que nadie. Ha conocido la época en que los agricultores guardaban dos o tres añadas, es decir, tardaban dos o tres años en sembrar la misma tierra. Eran otros tiempos. “No sólo guardaban las añadas sino que no quemaban la tierra. Ahora los hay que no hacen una añada y encima lo queman todo. La tierra se queda dura, sin vida, le echan guarrería de esa química y solucionado. Los pastores, que se jodan”. Se le enrojecen los ojos cuando habla del asunto.

Tiempos modernos

Cada año que pasa el pastoreo se complica más, no hay pastos, no hay cañadas para transportar el ganado, no se guardan añadas, se queman los rastrojos y por si fuera poco las enfermedades siguen azotando al ganado sin piedad. Tomás, nuestro pastor ilustrado, tuvo que quemar meses atrás cerca de 300 cabezas por el alto grado de brucelosis. “La faena es buena. Aunque nos pagan seis mil pesetas por cada una, con esa operación vamos a perder cerca de un millón y medio de pesetas y éstas ya no se recuperan”. Todos estos factores y las posibilidades que abren las nuevas técnicas ganaderas, convierten el pastoreo a la antigua usanza en una modalidad a extinguir. Muchos pastores salen al campo con sus coches todo terreno, apenas lo hacen de noche y los hay que han convertido sus naves ganaderas en auténticas factorías donde se ordeña el ganado y se obtienen los corderos como en cualquier granja de explotación intensiva.

Pero la grandeza del pastor está en el campo. Viéndole actuar con su garrota al viento, silbando al perro y tirando piedras para hacerse notar entre más de 500 animales mohínos es cuando un pastor demuestra su grandeza. “Las ovejas te llevan donde ellas quieren, y eso no. Las ovejas han de ir por donde yo diga”, asegura Fernando. “Que hoy quieren ir hacia aquel cerro porque hay bellotas, pues al contrario, las llevamos hacia las lagunas para que no se acostumbren”. La oveja tiene fama de ser un animal sumiso, obediente y de escasos reflejos mentales. Sin embargo los pastores saben que eso no es cierto.

El mejor amigo del pastor

Dominar un rebaño no es tarea fácil si no se tiene algo de idea y, sobre todo, un buen perro. Cuando Fernando silba, “Galito”, un perro sin raza definida pero con cara de lince, estira el cuerpo, alza las orejas y abre unos ojos como platos para entender la orden de su amo. En unos segundos rodea el rebaño y coloca las ovejas en la dirección que le marca el pastor. Conseguir un buen perro no es sencillo. Los hay que son demasiado violentos, se empecinan con una oveja y acaban matándola. Entonces hay dos caminos, o enseñar al perro, “a base de pan y palo”, asegura Enrique, o matarlo. “En este oficio hay que poder a la Naturaleza”, afirma Fernando, “si no, te puede ella a ti. Los sentimientos están reñidos con el campo. El perro que no aprende y encima es violento tiene los días contados”. La mayoría de los perros de ganado llevan en la sangre el pastoreo y aprenden con rapidez, si el pastor es hábil. “El perro bueno para este oficio es el *repezuñado* con dos uñas en el último dedo, esos son los mejores. Con un buen perro el pastor trabaja la mitad, pero el perro no hace milagros. Un mal pastor, aunque tenga buen animal sufrirá para hacer carrera de un rebaño”. Manuel Machuca, casi centenario, recuerda cómo en sus tiempos los perros no eran de raza. “La mayoría

no hacían nada, servían de compañía, el trabajo lo teníamos que hacer nosotros, a fuerza de piedras y voces". Como todos los oficios, el de pastor tiene sus trucos para completar una buena faena en el campo. La oveja no debe nunca comer hierba mojada por el rocío de la mañana. Produce meteorismo, gases, por la fermentación del alimento en la panza y puede causarle la muerte. Por eso en invierno no se debe madrugar mucho. En otoño, el buen pastor busca la breza y en el verano los rebaños deben entrar en las parcelas de rastrojo a favor del surco porque andan mejor, van más cómodas y comen más. Uno de los mayores enemigos de las ovejas es la lluvia. La lana si permanece durante mucho tiempo húmeda ocasiona el enfriamiento del animal y puede producir males mayores.

Pero si el agua no es amiga de la oveja, las tormentas son, al no haber lobos y llevar perros para atacar a las zorras, las peores enemigas de los pastores. Si la ven venir con tiempo de regresar a casa, lo hacen sin dudar. Si no tienen tiempo, se resguardan donde pueden, en una cueva, en una choza, debajo de un paraguas o bajo la manta. Debido a la lana, la oveja es un animal que atrae la electricidad y por eso es aconsejable que el pastor se aleje del ganado cuando saltan las chispas. "Es mucho pero que encontrarse con un toro bravo", asegura Manuel Machuca, que en una ocasión se tropezó con uno de los toros que se escaparon del encierro de Brihuega. Iba sobre su borrica, se paró ante él, lo miró y el toro siguió tranquilo su camino. "una tormenta en el campo es mucho peor, le pone a uno los pelos de punta", confiesa, dando tiritones al recordarlo. Antes decían que llevando una oveja negra con el rabo largo y una estrella blanca en la cabeza se alejaban las tormentas, «pero eso son cuentos chinos»? sentencia Manuel.

Oficios paralelos

Cardadores, esquiladores, chalaneros, templadores de cencerros y un sinfín de oficios nacientes en torno al ganado, han ido desapareciendo. A pesar de ello hay pastores que, por su habilidad reconocida, hacen tareas que otros no son capaces de hacer y con ello se ganan algunas perrillas para compensar sus gastos. Preguntar en Humanes por "dedo cortao" es como preguntar por el alcalde. Todo el mundo sabe quién es y dónde se encuentra. Jesús Casas ha sido pastor toda su vida. No es de los que les guste el bar ni el copeo, por eso, aunque está jubilado, prefiere irse al campo con las ovejas de su sobrino que estar todo el día pegado a la barra. "Aunque eso sí, después de la faena paso a echarme un par de cervezas". Jesús tiene una habilidad que no tienen los demás, es el mejor templador de cencerros en muchos kilómetros a la redonda. Algo tan sencillo, a ojos profanos, como hacer sonar bien un cencerro es, sin embargo, un privilegio que muy pocos consiguen. "Mi padre los hacía él", nos asegura Enrique, "pero yo no sé hacerlos sonar. Él los templaba con un clavo y una herradura y conseguía sonidos muy bonitos. Le gustaba mucho oír la musiquilla pero yo no soy capaz". El cencerro debe de tener un sonido más agudo en primavera y más grave en el invierno. La razón es bien simple, la música entretiene a los animales. Si el sonido es más alegre les hace ir más deprisa, y si es más opaco, los anima menos y andan más despacio. Es una cuestión psicológica que influye bastante en el comportamiento de las ovejas en el campo. El sonido



Foto: Pepe Zamora.

Las cabras más dóciles, son un buen complemento-guia en los rebaños de ovejas.

del cencerro hace que los animales se sientan seguros y protegidos. Cuando alguna oveja se despista del rebaño, el sonido hace que se oriente. Incluso la música de su propio cencerro alertan al perro o al pastor. Las utilidades del cencerro son interminables. Cuando una oveja se queda pariendo y se agazapa tras los matorrales, el sonido de su cencerro avisa a su amo. Pero si importante es el cencerro en sí, no lo es menos el sonido que emite. En una época no muy lejana, cuando los rebaños eran abundantes en los pueblos y cada familia tenía varias cabezas, y entre varias familias un pastor, el sonido de estos artilugios de cobre servía para distinguir a las ovejas de cada cual y evitar confusiones. Pero no sólo eso, el sonido de los cencerros descompasado y monótono en el campo hace que los animales careen peor y coman menos, y que el pastor acabe de los nervios, como terminaría un director de orquesta con los instrumentos desafinados. Por todo ello, el arte de templar cencerros era uno de los oficios más importantes en el mundo del pastoreo.

Jesús Casas, "dedo cortao", maestro en el templar, escoge para su trabajo un clavo y el canto de una navaja. Compra previamente el caperuzo de cobre del cencerro y asiéndolo entre sus manos lo golpea con un clavo sobre la navaja hasta conseguir el sonido deseado. "Después no queda más que colocar el badajo de forma que al golpear dé donde tiene que dar". La verdad es que no es muy explícito en sus explicaciones, parece temer que se ventee su secreto, o tal vez sea el carácter introvertido y misantrópico de los pastores, siempre solitarios y lejanos del resto de la sociedad.

Una vez moldeado el caperuzo, al gusto del maestro templador, se fabrica el badajo. "Dedo cortao" elige troncos de encina y de su corazón extrae, a base de paciencia y de un laborioso trabajo de navaja, el ansiado palo, limpio y pulido que dará al cencerro la nota deseada. Jesús compra el cobre y la correa por dos mil pesetas y vende cada cencerro terminado a cinco mil. "En esto me entretengo mientras estoy en el campo. No está bien *pagao* pero si me gano unas perras, eso que tengo" "mejor que estar en el bar". Muchas historias podrían contarse de este fascinante mundo del pastoreo. Un oficio que cautivó a nuestros primeros poetas líricos y que dio pie a un género literario tan fructífero como la novela pastoril. Muy lejos estamos hoy de tan sublimes consideraciones. A pesar de ello, el pastoreo conserva un especial atractivo para el que lo ve desde la distancia y una singular dicotomía "amor-odio", para quienes lo sufren en sus carnes. ■